

**CUENTO N° 2**

**TITULO: MEMORIAS DE UN BERGERE**

**SEUDÓNIMO: TELY**

**AUTORA: ESTELA FRANCISCA SOCÍAS MUÑOZ**

## Memorias de un bergere.

¡Cómo no recordar esos tiempos, en que cándidamente te sentabas en mis mullidos cojines y te abrazabas a ellos! ¿Sabes?, esa vez supe que tenía vida, mi color verde me impedía sonrojarme, pero recuerdo que cada vez que te aproximabas sentía tu tierno cuerpo, joven, pleno de vida y sonreías cuando mirabas unos signos en algo que tenías en tu manos, que no lograba descifrar; miraba tu rostro que cambiaba de color, tus intimidades se sentían como la emanación de un arroyuelo fresco que corría entre mi felpa y se fundían en mis fierros.

Sentía tus aromas, que se confundían entre mis algodones. Cada día después de tus labores, venías y te sentabas a pensar o simplemente a esperar que te vinieran a ver.

Casi siempre te levantabas furiosa, otras con las manos tapando tu cara y no lograba comprender cuales eran tus sentimientos.

¡Sentimientos! ¿Qué es eso?, me preguntaba: algo malo por supuesto, porque la mayoría de las veces tu cara lucía sin vida, mustia, y con una mirada que despertaba mis instintos.

¿Qué dije? Instintos, ¿qué puedo decir yo, un montón de fierros arropados de una tela suave?

Estabas tan sola como yo, tú y tus libros, pero sabías llevar el día a día, desde que tu madre se marchó, dejándote sola conmigo en esa pieza, cuidándonos ambos de la soledad.

Un día pude ver que se acercaba un hombre, creo, porque su cara no era dulce como la tuya y se abrazaba a ti y sin tapujos te arrastraba hacia él y te ponía esa parte de su cara en la tuya que tan hermosa tenías, y tus suspiros se sentían, y yo los quería para mí.

Otro día te despojó de tus telas que tapaban una parte que nunca imaginé que eran tan hermosas y así estaban horas de horas, encima de mis cojines que crujían y sentían todo aquello que no lograba comprender, pero estaba seguro de que era algo hermoso, y placentero.

Luego él se iba y tú lo agarrabas de su mano y no lo podías alcanzar; así por un largo tiempo, día a día sucedía lo mismo; como soy un bergere no pude calcular el tiempo, solo sé que en esos momentos a pesar de que de tu cara corrían vertientes que me mojaban, yo las sentía placenteras.

Me quedaba quieto mirándote, y esos momentos los apilé hasta ahora, que me encuentro relatando a una gran amiga mis sentimientos, eran los más hermosos de mi vida de bergere, estabas conmigo y era tu inseparable amigo.

Pasó el tiempo y un día te arrebató de mis cojines y te llevó dejándome en el más completo abandono; a esa altura yo sabía de relojes, de tiempo, de sentimientos de penas y alegrías, no venías a mí, me preocupé no sabes ¡cuánto te necesitaba y tu ni siquiera lo sabías!

Las tres, y cincuenta minutos, las tres y cuarenta y nueve minutos, las tres y cuarenta y ocho minutos, las tres y cuarenta y siete minutos, porque dejó las manecillas del reloj girando hacia la izquierda.

Quería retroceder el tiempo, quería olvidar esos minutos infernales de asquerosidad extrema, de dolor enardesciente, de angustia desenfrenada, de tristeza aberrante; ni siquiera le importó que pudieran borrarse las sonrisas que a ratos se dibujaron en su rostro, la paz efímera que albergó cuando su alma cesaba de llorar, las sensaciones de placer cuando su piel exfoliaba su locura exquisita.

Sólo se escuchaba el tic-tac del reloj que no me está devolviendo los momentos con ella, sino que además se los está llevando; la limpia, los desaparece, los anula.

¡Qué egoísta soy! Preferiría que se hubiera marchado dejando que los recuerdos flotaran en el aire.

¡Pero no!, también quiso llevarlos. -No habrá recuerdos para nadie-, dijo, y ni siquiera los dejó para mí.

¿Quién podría amarla más que yo?, ¿quién pudiera extasiarse tanto con su cuerpo como yo?, ¿quién pudo alguna vez coger su aroma como a cada instante lo hice yo?

Todo fue culpa de ese malnacido, el que no supo dilucidar la congoja de su corazón cuándo él osaba pararse frente a ella o cuando simplemente se dignaba llamarla por teléfono o enviarle mensajes a la distancia.

Nadie más que yo pude quererla de esta manera, con esta pasión desquiciada que no se apiadó de mí y no me dejó partir con ella.

Ahora he de quedarme aquí, viéndola marchar, oyendo como se desvanece su respiración

. ¡Soledad, soledad mía! Ni siquiera tu nombre dejaste conmigo. ¡Quizás al nacer, en tus ojos se vislumbraba tu venir errante! ¡Soledad! ¡Oh hermosa!

Nadie más que yo conozco, que ese no es tan sólo tu nombre, sino la consecuencia de tu vida. Pero ¿qué digo? No fue tu culpa, jamás quisiste sentirte sola, ellos te dejaron en el abandono, ellos no supieron escuchar tus gritos silenciosos, pidiendo auxilio, ellos no pudieron oírte cuando le gritabas a la luna que les devolviera la sangre a tus venas.

¡Malditos sean todos, malditos! ¡Quiero llorar y no puedo hacerlo! ¡No sé hacerlo! Se suponía que no tendría sentimientos, pero de todas formas me los dieron.

Pero tan crueles fueron, que no me enseñaron a extirparlo, debo quedarme aquí, con ellos dentro, apretados en mi pecho.

¡Maldito sea también, quien osó darme esta vida inerte! ¿En qué estaría pensando cuando insinué que yo era capaz de sentir? ¡Un Bergere de felpa, eso es lo que soy, nada más que eso, resquicio de algún tono verde, de alguna suavidad placentera, de un montón de resortes bien armados!